

www.elboomeran.com

Juan Aparicio Belmonte

Un amigo en la ciudad

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para mi viejo camarada Tron, que sabrá perdonarme.

El principio

Podéis pensar lo que os venga en gana, pero hoy sé que con veintipocos años tuve más que un sueño premonitorio y experimenté los que se podrían considerar mis últimos instantes de vida. Yo era un anciano gordo y algo borracho, y estaba con una niña de dos o tres años, muy rubia, en un salón más bien pequeño de paredes desnudas. Infinitos mosquitos de muchos colores golpeaban las ventanas desde la calle. Esa niña rubia era mi nieta. Traté de que no percibiera mi malestar –un ataque al corazón– y avisé al portero mirando al techo, pero sin hablar, como si allí se encontrara un interfono invisible que me proporcionara una comunicación telepática.

–¿Puede usted subir, por favor? –vine a decir acompañando mi mensaje mental con toses artificiosas, como si estas hicieran posible aquel.

–Es curioso –respondió el portero, también tosiendo–. Estaba pensando en usted.

–Una premonición: memoria del futuro –le expliqué casi sin aliento–. Usted sabía que le iba a llamar.

–¿Le ha entrado algún insecto?

–No. Pero venga, por favor: me muero.

Sonreí a mi nieta, pellizqué una de sus mejillas. Le expliqué con toses que necesitaba dormir, que me encontraba muy fatigado, que esperaba a mi lado, que su madre llegaría pron-

to. Le di uno de sus juguetes, una suerte de cubo diminuto de textura rugosa, y ella lo agitó. Entonces, apareció allí, en medio del salón, algo así como el holograma de un osito de peluche rosa, de cuyo acordeón surgió una nana sin letra. Los mosquitos seguían golpeando los cristales como un ejército que asediara mi piso, y aunque aquella situación tan extraña me causaba repugnancia, no así temor ni sorpresa. En mi «sueño» premonitorio, la humanidad llevaba casi un lustro teniendo que salir a la calle con escafandra para protegerse de esos insectos de colores.

Miré a mi nieta. Era una niña tan guapa y despierta, con esas pecas tan graciosas. Escribí en un papel: «No hay que tener miedo, mi niña. Siempre estamos viviendo. Siempre, por tanto, te querré. Un beso enorme», y se lo metí en el bolsillo del vestido.

Me dejé caer sobre el sofá. Me moría sin miedo, pero con pena, con un ardiente deseo de ver crecer a mi nieta en un mundo mejor.

Un tambor parecía recibirme en otra realidad.

Desperté con el estrépito de la batería que surgía de unos altavoces. Todo temblaba. El sofá era tan mullido como la chica que tenía debajo. La miré y forcé la tos para sacudirme el estupor. Tenía el aspecto lúgubre de todas las chicas de aquella fiesta noctámbula y siniestra, en la que mi pequeña tribu urbana se concentraba en sí misma para jugar a un esoterismo barato y medio gótico, con música de grupos como Joy Division o los Cure.

—¡Vengo de estar muerto!

Todos se rieron en la penumbra del bar, tan humosa como sofocante.

—Os lo digo en serio. Me comunico con el futuro... Un día tendré una nieta muy rubia en un mundo invadido por mosquitos de colores.

Más risas.

Nos fuimos como locos, más borrachos que drogados, a un cementerio del noreste de Madrid para continuar la juer-ga como siempre, buscando aventuras sórdidas y sensaciones de ruptura con el mundo adulto. Entre las lápidas algunos de mis amigos corrieron desnudos, con el cuerpo pintado de negro, pero yo preferí quedarme cerca de un pequeño mau-soleo con tres chicas muy risueñas –era un chaval con buena planta, resultón–, mientras me preparaba para la huida en el caso de que vinieran los vigilantes.

Aparecieron.

El miedo me hizo escuchar el estrépito de disparos que eran solo gritos y pisadas, pero en menos tiempo del que ha-bía supuesto me encontré a salvo, fuera de la cerca y bajo un árbol del descampado meseteño, oscuro y despoblado que rodeaba el camposanto. El viento limpiaba nuestras ropas y silbaba. Conmigo estaba una chica de piel muy blanca, de ojos azules muy atentos y coleta de caballo resplandeciente. Era delgada y extrañamente silenciosa. Me dijo que por la mañana me había visto discutir de ciencia ficción con no sé quién y que mi postura le parecía francamente patética. Ja-más hablaba en grupo, casi nunca le había escuchado decir más de dos palabras seguidas en nuestras reuniones triba-les, y de repente me agredía con aquella afirmación rotunda y fuera de tono que, sin embargo, despertó mi curiosidad por ella. Una persona que no había existido para mí, casi ni como presencia, se hizo en apenas unos segundos una chica muy deseable, enormemente interesante bajo el árbol acha-parrado y en la oscuridad casi completa. Los gritos de nues-tros amigos en la huida se perdían en una lejanía salvadora. Estábamos ella y yo, solos.

–¿Cómo te llamas?

–Gretchen. Nombre alemán.

–¿Y dónde estabas hasta ahora?

—Donde tú no me veías, supongo.

—Ah.

—¿Sabes lo que menos me gusta de ti?

—¿Qué?

—Que te emborrachas con agua.

—Si solo fuera con agua...

Y ella sonrió.

Teníamos por costumbre, mis amigos y yo, acudir a entierros elegidos al azar de entre los que señalaban las esquelas del *Abc* o *El País*, y hacerlo vestidos de negro pero desaliñados, metiendo miedo —éramos sedicentes góticos— con el aspecto de la tribu urbana joven y orgullosa que representábamos, con botas militares y los ojos enrojecidos por los porros y ennegrecidos por la pintura. Nos mezclábamos con los familiares y amigos afligidos del muerto para no hacer más que eso, asistir, presenciar el dolor ajeno con nuestra actitud discreta pero burlesca, sostenida en la búsqueda de las miradas cómicas de los demás miembros del grupo. Solo había una chica que prefería quedarse al margen de nuestro ceremonial y esa chica era Gretchen. Fuera de la cancela del cementerio o de la iglesia, ella se mantenía no solo de espaldas a nuestro morboso juego sino también casi del grupo, al borde de la expulsión, porque aquellas acciones eran más que nada una prueba de adhesión gregaria. Yo era quien peor hablaba de Gretchen cuando no la teníamos delante. Yo era quien defendía con mayor ahínco que debía dejarnos en paz si no le gustaba participar en nuestros «rituales siniestros».

Éramos un grupo de universitarios venidos del noroeste español, y ella era la única madrileña, la única que conocía la ciudad desde niña: la más inquietante de todas las chicas que integraban el grupo formado por una veintena en los momentos más generosos y por apenas cuatro cuando

la lealtad se resquebrajaba por culpa de los exámenes o las visitas familiares.

Algunos se mofaban de mí cuando escuchaban mis invectivas contra la *Llamita*, como la llamábamos por los reflejos rojizos de su rubia cabellera, pero en el fondo deseaban hablar del asunto para escucharme y reírse de buena gana. Entonces, de pronto, aparecía ella y sus ojos fruncidos eran como un flechazo de culpa y arrepentimiento en mi corazón indefenso por un enamoramiento imparable.

Era una chica que mataba de golpe mi autoestima, porque veía en ella todo lo que temía y amaba desde niño, cuando mi madre hablaba de Madrid como un lugar casi siempre infernal, en el que la droga y la violencia corrompían aún más su espíritu de ciudad apabullante. Ella era madrileña, o sea, admirable.

—Maldita sea, no sé qué pinta con nosotros la Llamita —decía yo.

Y los demás me miraban sin hacerme caso, escuchando en mis palabras lo contrario de lo que oían. Donde yo decía expulsión, ellos leían amor; donde yo decía insípida o anti-pática, ellos escuchaban guapa, inteligente, perfecta, todo lo que yo pensaba, tal vez, sin saberlo aún. La Llamita empezó a ser atractiva a los ojos de los demás y yo me tragaba los celos ayudado por las cervezas y los güiscolas de El Redentor, nuestro lugar de encuentro, un bar de Lavapiés al que acudíamos los jueves, viernes y sábados. Me parecía que el inusitado atractivo que de repente los otros encontraban en ella tenía que ver con un afán competitivo de conquista y no con una manifestación limpia de los sentimientos. Si antes no les había gustado, ¿por qué ahora sí? ¿Por qué querían estar a su lado, hacerla reír, ahora, precisamente ahora que el dolor amoroso se apoderaba de mí? Sin embargo, a preguntas de ellos, yo ocultaba mi enamoramiento cubriendo mis sentimientos con un lenguaje muy agresivo, y clamaba

por su exclusión del grupo. Empleaba palabras malsonantes de las que los demás se aprovechaban para reírse con ellas en primer lugar y luego para filtrar mi animadversión aparente a la propia Gretchen y desbancar así al peligrosísimo adversario que, sin ser consciente aún, era yo. Dejé de vestir de negro, dejé de interesarme por los rituales de mis amigos. Me encerré en mi habitación del piso de estudiante que compartía con dos ingleses aburridos en el barrio de Ríos Rosas, tal vez la zona menos noble del noble distrito de Chamberí, y estudié más de lo que había estudiado nunca. Pasé de ser un joven díscolo a un joven deprimido y empollón cuando poco a poco dejé de formar parte del grupo. Solo la tenía a ella, a Gretchen, como una obsesión que lejos de permitirme actuar me encerraba en mí mismo, me convertía en un mal poeta que redactaba versos muy cursis, en un cobarde que temblaba cuando la tenía delante.